



A CIEGAS

JOSH MALERMAN

IM

JOSH MALERMAN

A ciegas

minotauro

Título original:
Bird Box

© Josh Malerman, 2014
© Traducción de Miguel Antón, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona

www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0591-0
Depósito legal: B. 21.064-2018
Fotocomposición: gama, sl

Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Malorie, pensativa, de pie en la cocina. Tiene las manos húmedas. Está temblando. Nerviosa, tamborilea con el dedo gordo del pie en la baldosa rota. Es temprano; probablemente el sol apenas asoma por el horizonte. Contempla cómo la tímida luz suaviza la tonalidad oscura de las densas cortinas, y piensa,

«Eso ha sido la bruma».

Los niños duermen en el salón bajo la malla de gallinero cubierta por tela negra. Tal vez la oyeron hace unos instantes cuando estaba de rodillas en el jardín. El ruido que hizo debió transmitirse a través de los micrófonos, de camino a los altavoces situados junto a sus camas.

Se mira las manos y repara en el brillo sutil que es reflejo de la luz de las velas. Sí, están húmedas. Es la capa que ha impreso el rocío de la mañana.

En la cocina, Malorie respira hondo antes de apagar la vela de un soplado. Mira en torno de la habitación, consciente de la herumbre de los cacharros y los platos desconchados. La caja de cartón que hace las veces de basurero. Las sillas, que aguantan cogidas por alambre. Las paredes mugrientas. La tierra en los pies y las manos sucias de los niños. También las manchas más antiguas. La descolorida parte inferior de las paredes del salón, púrpura oscuro que ha ido transformándose en marrón con el paso del tiempo. Eso es sangre. La moqueta del comedor tam-

bién está descolorida, por mucho que Malorie se empeñe en frotar. En la casa no hay productos de limpieza que sirvan para limpiar. Hace mucho tiempo, Malorie llenó en el pozo los cubos de agua y, utilizando la chaqueta, se puso a limpiar las manchas de toda la casa. Pero no hubo manera de quitarlas. Incluso sobrevivieron las que no se mostraron tan resistentes, quizá no tan grandes, pero visibles aún. Una caja de velas oculta una mancha en el recibidor. El sofá del salón está colocado en un ángulo raro y esconde dos manchas cuya forma recuerda a Malorie las cabezas de dos lobos. En la segunda planta, junto a la escalera que lleva a la buhardilla, una pila de abrigos mohosos oculta unas marcas púrpura, grabadas al pie de la pared. A tres metros de distancia se encuentra la mancha más negra de toda la casa. El motivo de que no frecuente el extremo de la segunda planta de la casa se debe a que es incapaz de pasar por su lado.

En el pasado era una bonita vivienda ubicada en un barrio tranquilo de Detroit. En el pasado estuvo acondicionada para acoger a una familia. Media década atrás, un agente inmobiliario hubiera podido enseñarla sin mayores problemas. Pero esta mañana, las ventanas están cubiertas con cartones y listones de madera. No hay agua corriente. Un enorme cubo de agua descansa sobre la pila de la cocina. El ambiente huele a cerrado. No hay juguetes convencionales para los niños. Han tallado los restos de una silla para que representen personas. Les han pintado caras. Los armarios están vacíos. No cuelgan cuadros de las paredes. Hay cables que discurren por debajo de la puerta hasta los dormitorios de la primera planta, donde los altavoces alertan a Malorie y a los niños de cualquier sonido que pueda provenir del exterior de la casa. Así es cómo viven los tres. No salen durante largos períodos de tiempo. Y cuando lo hacen, se cubren los ojos con vendas.

Los niños nunca han visto el mundo que se extiende más allá de su casa. Ni siquiera a través de las ventanas. Hace casi cuatro años que Malorie no abre los ojos fuera.

«Cuatro años.»

No tiene que tomar hoy la decisión. Es octubre en Michigan. Hace frío. Un viaje de treinta kilómetros por río sería duro para los niños. Aún son demasiado jóvenes. ¿Y si uno de ellos cae al agua? ¿Qué haría entonces Malorie, con los ojos vendados?

«Un accidente —piensa Malorie—. Es terrible. Después de tanto luchar, de sobrevivir. Morir a causa de un accidente.»

Malorie mira las cortinas. Rompe a llorar. Quiere gritar a alguien. Quiere rogar a alguien capaz de escuchar.

«Esto es injusto. Es cruel», diría.

Se vuelve para mirar la entrada de la cocina y el vestíbulo que conduce al dormitorio de los niños. Más allá del marco sin puerta, los niños disfrutaban de un sueño profundo, cubiertos por tela negra, a resguardo de la luz y de la vista. No se mueven. No dan muestras de estar despiertos. Sin embargo, podrían estar aguzando el oído. A veces, después de todo lo que ha llegado a presionarlos para que escuchen, del peso que ha depositado en sus oídos, Malorie los cree capaces de oír cómo piensa.

Podría esperar la llegada de cielos más soleados, temperaturas más suaves, condiciones más adecuadas para prestar mayor atención al bote. Podría informar a los niños, atender lo que puedan decirle. Podrían hacerle sugerencias válidas. Sólo tienen cuatro años, pero los ha entrenado para escuchar. Son capaces de ayudar a gobernar una embarcación que se pilote a ciegas. Malorie no podría hacer el viaje sin ellos. Necesita sus oídos. ¿Podría también servirse de sus consejos? A los cuatro años, ¿podrían tener una opinión formada sobre el momento adecuado para abandonar la casa para siempre?

Hundida en la silla de la cocina, Malorie contiene las lágrimas. El dedo gordo del pie descalzo sigue tamborileando en el deslucido linóleo. Levanta la vista lentamente hacia la parte superior de la escalera del sótano. Allí habló en una ocasión con alguien llamado Tom acerca de un tal Don. Mira en dirección a la pila, el lugar al que a veces Don llevaba cubos de agua extraída del pozo. Temblando por haber estado fuera. Al inclinarse hacia delante ve el recibidor, lugar donde Cheryl preparaba la comida

de los pájaros. Y entre ella y la puerta principal está el comedor, silencioso y oscuro. Cuesta creer que allí se acumulen los recuerdos de tantas personas.

«Cuatro años», piensa, deseando descargar un puñetazo capaz de atravesar la pared.

Malorie sabe que cuatro años pueden convertirse fácilmente en ocho. Ocho se convertirán rápidamente en doce. Entonces los niños serán adultos. Adultos que nunca habrán visto el cielo. Nunca habrán mirado a través de una ventana. ¿Cómo afectará a sus mentes el hecho de haber vivido como reclusos durante años? Malorie se pregunta si existe un punto en que las nubes del cielo se vuelven irreales, si el único lugar donde podrán sentirse en casa será tras la tela negra de sus vendas.

Malorie traga saliva ruidosamente y se imagina cuidando de ellos hasta que sean quinceañeros.

¿Sería capaz de hacerlo? ¿Podría protegerlos durante otros diez años? ¿Podría cuidar de ellos hasta que ellos pudiesen cuidar de ella? Pero ¿para qué? ¿Qué sentido tiene protegerlos para llevar una vida así?

«Eres una mala madre», piensa.

Por no hallar el modo de hacerles comprender la inmensidad del cielo. Por no encontrar la manera de permitirles correr por el jardín, o la calle, o el vecindario de casas vacías y herrumbrosos vehículos aparcados. O por permitirles mirar una sola vez, sólo una, al espacio, donde el cielo se vuelve negro, tachonado de hermosas estrellas.

«Les salvas la vida para que lleven una que no vale la pena vivirse.»

Malorie ve clarear las cortinas un poco más a través de la visión empañada por las lágrimas. Si hay bruma no durará mucho. Y si puede ayudarla, si la oculta a ella y a los niños cuando se acerquen al río, al bote, entonces tiene que despertarlos ya.

Descarga un golpe en la mesa de la cocina y se seca las lágrimas.

Se levanta para salir de la cocina, atraviesa el vestíbulo y entra en el dormitorio de los niños.

—¡Niño! —grita—. ¡Niña! Levantaos.

El dormitorio está a oscuras. La única ventana está cubierta por tantas mantas que la luz del sol ni siquiera la atraviesa cuando alcanza su cénit. Hay dos colchones, uno a cada lado. Sobre ellos hay dos negras cúpulas improvisadas. La malla de gallinero que sirve de sostén a las mantas fue utilizada para vallar un pequeño jardín junto al pozo en el jardín de casa. Pero durante los cuatro últimos años ha servido de armadura, protegiendo a los niños no de aquello que pudiera verlos, sino de lo que ellos pudiesen ver. Debajo, Malorie oye movimiento y se arrodilla para soltar el alambre asegurado con clavos al suelo de madera de la habitación. Saca las vendas del bolsillo mientras ambos niños la miran con expresiones sorprendidas, somnolientas.

—¿Mamá?

—Levantaos. Mamá tiene que moverse deprisa.

Los niños responden rápidamente. No hay quejas, no hay protestas.

—¿Adónde vamos? —pregunta la niña.

—Póntela —dice Malorie, ofreciéndole una venda—. Hoy nos acercaremos al río.

Los niños se atan las vendas alrededor de los ojos. Saben perfectamente cómo hacerlo. Son expertos, si es que a los cuatro años pueden ser expertos en algo. A Malorie eso le rompe el corazón. Son niños, tendrían que sentir curiosidad. Tendrían que preguntarle por qué, precisamente hoy, van a ir al río, un río al que no han ido antes.

En lugar de ello se limitan a hacer lo que ella les dice.

Malorie aún no se pone la venda. Antes quiere que los niños estén preparados.

—Coged las mantas. Y tú el rompecabezas —dice, dirigiéndose a la niña.

Percibe una inquietud indescriptible. Rayana en la histeria. Malorie recorre las habitaciones, comprobando cosas, objetos pequeños que podrían necesitar. De pronto se siente incapaz, poco preparada. Se siente insegura, como si la casa y el terreno

donde se sustenta desaparecieran paulatinamente, exponiéndola al mundo exterior. Sin embargo, en el delirio del momento, se aferra al concepto de la venda. No importa qué utensilios pueda reunir, no importa qué objeto de la casa pueda usar a modo de arma, sabe que las vendas constituyen su mayor protección.

—¡No olvidéis las mantas! —les recuerda, oyendo cómo se preparan.

Cuando entra en su habitación para ayudarlos, el niño, que es pequeño para su edad, pero tiene una fuerza inusitada que enorgullece a Malorie, decide entre dos camisas que le vienen grandes y que pertenecieron a un adulto que murió hace tiempo. Malorie escoge por él y observa cómo su pelo negro desaparece bajo la tela, antes de asomar de nuevo a través del cuello. A pesar de lo nerviosa que está, Malorie repara en que el niño ha crecido un poco recientemente.

La niña, que tiene la altura normal para su edad, intenta introducirse el vestido por la cabeza, una prenda que Malorie le ayudó a zurcir a partir de los restos de una sábana vieja.

—Hace fresco, niña. No bastará con ponerse un vestido.

La niña arruga el entrecejo; tiene algo revuelto el pelo rubio porque acaba de levantarse.

—También llevo el pantalón, mamá. Y luego están las mantas.

Malorie siente ira. No quiere que nada se le oponga. Hoy no. Por mucho que la niña tenga razón.

—Nada de vestidos hoy.

El mundo exterior, los grandes almacenes vacíos, los restaurantes, los miles de vehículos abandonados, los productos olvidados en los estantes de las tiendas, todo ello ejerce una especie de presión sobre la casa. Todo susurra y les aguarda.

Toma un abrigo del armario empotrado que hay en la pequeña habitación habilitada como dormitorio que se encuentra al otro lado del vestíbulo. Después sale. Sabe que será la última vez que entra allí.

—Mamá —dice la niña cuando se reúne con ella en el corredor—. ¿Vamos a necesitar las bocinas de bicicleta?

Malorie llena de aire los pulmones.

—No —responde—. No vamos a separarnos. En todo el viaje.

Cuando la niña vuelve al dormitorio, Malorie piensa en lo patético que resulta que esas bocinas de bicicleta constituyan el mayor entretenimiento de los niños. Llevan años jugando con ellas. Toda su vida, dando bocinazos por todo el comedor. El estruendo solía poner de los nervios a Malorie. Pero nunca llegó a quitárselas, ni las escondió. A pesar de los dolores y las dificultades que experimentó en los primeros años de maternidad, Malorie comprendió que, en ese mundo, cualquier cosa capaz de arrancar una risa a los niños era buena.

Por mucho que solieran asustar a *Victor* con las bocinas.

Cómo echa de menos al perro. Al principio de criar sola a los niños, sus fantasías de ir al río incluían a *Victor*, el border collie al que imaginaba sentado a su lado en el bote. *Victor* la habría alertado de la presencia de animales cercanos. Quizá podría haber ahuyentado a algo.

—De acuerdo —dice, su cuerpo ágil se recorta en el marco de la puerta del dormitorio de los niños—. Eso es. Ahora vámonos.

Hubo momentos, tardes tranquilas, noches tempestuosas, en que Malorie les habló de que llegaría ese día. Sí, había mencionado anteriormente el río. Les había hablado de un viaje. Tuvo cuidado de no decir nunca que ésa sería su «huida» porque no podía soportar que pensaran que sus vidas cotidianas fuesen algo de lo que hubiese que huir. En lugar de ello, les advirtió que una mañana, en el futuro, los despertaría con prisas y les ordenaría prepararse con el fin de abandonar para siempre la casa. Reparó en que podían detectar su duda, igual que eran capaces de oír cómo se deslizaba una araña por el cristal de una ventana cubierta por cortinas. Hacía años que una bolsita con alimentos descansaba en el armario, reservada hasta que se pudría, momento en que la remplazaba por otra, demostración por parte de Malorie de que podía despertarlos una mañana tal como había dicho

que haría. «La bolsita con alimentos del armario forma parte de un plan», pensó mientras aseguraba las vendas.

Y ahora ha llegado ese día. Esta mañana. Esta hora. Con la bruma.

El niño y la niña dan un paso al frente y Malorie se arrodilla ante ellos. Comprueba de nuevo las vendas. Está satisfecha con ellas. En ese instante, paseando la mirada de uno al otro, Malorie comprende que por fin ha empezado el viaje.

—Prestad atención —dice, pellizcándoles la barbilla—. Hoy vamos a subir a un bote con el que recorreremos el río. Es posible que sea un viaje largo. Pero es crucial que ambos hagáis todo lo que os diga. ¿Entendido?

—Sí.

—Sí.

—Hace frío. Tenéis las mantas. Tenéis las vendas. Ahora mismo no necesitáis nada más. ¿Me habéis entendido?

—Sí.

—Sí.

—Bajo ninguna circunstancia os quitaréis las vendas de los ojos. Si lo hacéis os haré daño. ¿Comprendido?

—Sí.

—Sí.

—Necesito vuestro oído. Necesito que ambos prestéis atención como no lo habéis hecho jamás. En el río, tenéis que escuchar aquello que está más allá del agua, más allá del bosque. Si oís a un animal en el bosque, decídmelo. Si oís cualquier cosa en el agua, decídmelo también. ¿Entendido?

—Sí.

—Sí.

—No hagáis preguntas que no tengan nada que ver con el río. Tú te situarás delante —dice, dando una palmada al niño, antes de dársela a la niña—. Y tú te situarás detrás. Cuando lleguemos al bote, yo os guiaré a vuestros respectivos lugares. Yo estaré en medio, remando. No quiero que caminéis por la embarcación para acercaros el uno al otro, a menos que esté relacio-

nado con algo que hayáis oído en el bosque. O en el río. ¿Comprendido?

—Sí.

—Sí.

—No pararemos por nada del mundo. Al menos hasta que lleguemos al lugar al que vamos. Os haré saber cuándo lo hacemos. Si tenéis hambre, comed lo que encontraréis en esta bolsa.

Malorie les hace tocar la bolsa.

—No os quedéis dormidos. No os quedéis dormidos —repite—. Hoy necesito que agucéis bien el oído como no lo he necesitado jamás.

—¿Llevaremos los micrófonos? —pregunta la niña.

—No. —Lo dice mirando primero a uno, y luego a otro—. Cuando salgamos de esta casa, lo haremos cogidos de la mano y caminaremos por el camino que lleva al pozo. El camino al río está muy descuidado. Quizá debamos agacharnos para palpar algún escalón, y si lo hacemos quiero que ambos os aferréis a mi abrigo o entre vosotros. ¿Entendido?

—Sí.

—Sí.

«¿Suenan asustados?»

—Escuchadme. Vamos a un lugar nuevo para vosotros. Vamos a alejarnos más que nunca de esta casa. Hay cosas ahí fuera que os harán daño, que harán daño a mamá, si no obedecéis mis órdenes esta mañana.

Los niños guardan silencio.

—¿Lo habéis comprendido?

—Sí.

—Sí.

Malorie los ha adiestrado bien.

—De acuerdo. Pues vámonos —dice con un pellizco de histeria en el tono de voz—. Vámonos ahora mismo. vámonos.

Pega su frente a las de los niños.

Luego toma a ambos de la mano. Cruzan la casa rápidamente. En la cocina, Malorie, temblando, se seca los ojos y extrae su

propia venda del bolsillo. La ajusta en torno a la cabeza y el pelo largo y oscuro. Hace una pausa, la mano en el tirador de una puerta que da al camino que ha recorrido en busca de innumerables cubos de agua.

Se dispone a dejar la casa atrás. Le abruma la realidad de este momento.

Una corriente de aire fresco alcanza a Malorie al abrir la puerta. Da un paso al frente, pensando aterrada en una serie de situaciones demasiado espantosas para hablar de ellas en presencia de los niños. Tartamudea al hablar, al borde de los gritos.

—Las manos. Los dos.

El niño toma la mano izquierda de Malorie. La niña desliza los dedos menudos en la derecha.

Salen de la casa, vendados.

El pozo se encuentra a veinte metros de distancia. Trozos de madera, que en el pasado formaron parte de unos marcos, delimitan el camino, colocados allí para evitar que puedan salirse de él. Ambos niños han tocado la madera con la punta del calzado en incontables ocasiones. Malorie les dijo en una ocasión que el agua del pozo era la única medicina que necesitarían. Debido a ello, Malorie sabe que los niños siempre han respetado el pozo. Nunca se han quejado por tener que acompañarla a buscar agua.

El terreno se vuelve desigual a la altura del pozo. Parece artificial, blando.

—Aquí está el claro —anuncia Malorie.

Conduce con cuidado a los niños. Otro camino arranca a diez metros del pozo. El acceso a este paso es angosto y divide en dos el bosque. El río dista menos de cien metros del lugar donde se encuentran. En el bosque, Malorie suelta momentáneamente las manos de los niños para poder tantear la tenue entrada.

—¡Agarraos a mi abrigo!

Tantea las ramas hasta encontrar un chaleco de lana, atado a un árbol en la entrada del camino. Lo ató ella misma hace unos tres años.

El niño se aferra a su bolsillo y percibe que la niña se aferra a

su vez a él. Malorie les habla mientras camina, preguntando constantemente si permanecen en contacto. Las ramas de los árboles le azotan el rostro. No protesta.

No tardan en llegar a la marca que Malorie ha clavado en el suelo. La pata astillada de una silla de cocina, hundida en mitad del camino, en un lugar donde entorpezca el paso, donde tropezar con ella, sirve de guía.

Descubrió el bote de remos hace cuatro años, amarrado a cinco casas de la suya. Hace más de un mes que no ha vuelto a comprobar su estado, pero cree que sigue allí. Pese a todo no le cuesta imaginarse lo peor. ¿Y si alguien se le ha adelantado? Otra mujer, alguien como ella, alguien que vive a cinco casas en otra dirección, alguien que ha hecho acopio de coraje a lo largo de los últimos cuatro años para huir. Una mujer que en el pasado topó con esa misma resbaladiza ribera y sintió que había alcanzado la misma posibilidad de salvación, la punta de acero del bote de remos.

A Malorie le escuecen los rasguños de la cara al contacto con el aire frío. Los niños no se quejan.

«Esto no es la infancia», piensa Malorie mientras los lleva hacia el río.

Entonces lo oye. Antes de alcanzar el embarcadero, oye cómo se balancea en el agua el bote de remos. Se detiene a comprobar las vendas de los niños, asegurándose de que ambas estén bien prietas. Los lleva hacia los listones de madera.

«Sí —piensa—. Sigue ahí.» Como los vehículos que siguen aparcados en la calle, a la entrada de su casa. Igual de vacíos que las viviendas que bordean las calles.

En el bosque, lejos de casa, hace más frío. El sonido del agua es tan aterrador como excitante. Se arrodilla donde cree que está el bote, suelta las manos de los niños para tantear la proa en busca del remate de acero. Palpa hasta encontrar el cabo que lo amarra.

—Niño —dice, tirando de la proa para acercarlo al embarcadero—. Delante. Sube y ponte delante. —Lo ayuda. Una vez se

sienta, toma su rostro en ambas manos y dice, de nuevo—. Escucha. Más allá del agua. Escucha.

Ordena a la niña que permanezca en el embarcadero mientras desata el cabo antes de subir con cuidado al banco situado en mitad de la embarcación. Aún medio incorporada, ayuda a la niña a embarcar. El bote sufre un fuerte balanceo, y Malorie aprieta con fuerza la mano de la niña. La niña no protesta por el dolor.

Hay hojas, ramas y agua en el fondo del bote. Malorie revuelve el fondo en busca de los remos que ha guardado en el costado derecho. Los remos están fríos. Húmedos. Huelen a moho. Los coloca en las chumaceras forradas de hierro. Cuando se sirve de uno para apartar el bote del embarcadero percibe su fuerza, su robustez. Entonces...

Se deslizan por el río.

El agua está en calma. Pero hay sonidos. Movimiento en el bosque.

Malorie piensa en la bruma. Espera que sirva para ocultar su huida.

Pero la bruma escampará.

—Niños —dice Malorie, respirando con dificultad—, escuchad.

Finalmente, tras cuatro años de espera, de entrenamiento, de reunir el coraje necesario para marcharse, boga lejos del embarcadero, de la orilla y de la casa que los ha protegido a los niños y a ella durante lo que se le antoja toda una vida.